

1847. Que éste habia hecho cuanto se puede exigir del hombre mas valiente y sufrido, dicho queda ya. Pero antes de emprender la marcha de San Luis Potosí á la Angostura, sabia Santa-Anna los padecimientos que le esperaban al ejército marchando por el desierto. Cierto es que él creyó encontrar á los norte-americanos en Agua Nueva, donde es creible que les hubiera derrotado completamente. Pero, puesto que se retiraron á tomar formidables posiciones, debió pesar todo el tamaño de la empresa que acometia, y prever que, al atacarlas, tendria el número de heridos que tuvo. Antes de intimar la rendicion á Taylor y de acometerle en sus posiciones, debió calcular el número de gente que perderia, y dar ó no la batalla; pero una vez acometida la empresa, no debió, si las causas no fueron otras que las que expresa, abandonarla despues de haber vencido las mayores dificultades. Puesto que quedó dueño de las posiciones, pudo recoger los heridos y enviarlos á Agua Nueva, donde su presencia no era necesaria para curarlos.

Las palabras que he copiado de Taylor revelan que los norte-americanos se consideraban poco fuertes para sostener un choque decisivo. «El enemigo», dice á su vez Santa-Anna, «quedó amedrentado, que no se presentó á nosotros en tres dias.» A juzgar por lo expuesto, parece que la batalla hubiera sido decisiva y favorable á los mejicanos á haber emprendido el ataque á las últimas posiciones de los norte-americanos al siguiente dia. Puesto que la retirada hasta San Luis Potosí á mas de hacer estériles los triunfos alcanzados el dia 23, daria por resultado el abandono de la mayor parte de los heri-

dos y deserciones y bajas tan considerables en el ejército como tuvo en su marcha, se debió preferir que esas bajas fuesen fructuosas, perdiéndolas en atacar y apoderarse de la última posicion de Taylor. Guiándome, pues, por los partes oficiales que cada general pasó al que mandaba en jefe, y deduciendo por ellos la verdadera situacion de uno y otro campo, me inclino á creer que mas que la consideracion al cansancio de la tropa y la atencion que queria impartir á los heridos, influyó en el ánimo de Santa-Anna para aquella retirada, la falta de un plan preparado de antemano, meditado al frente del enemigo, calculando las bajas que podrian resultar durante el combate, y destinando, en consecuencia, un número de soldados á la conduccion de heridos á un sitio conveniente. Santa-Anna tenia el defecto de la precipitacion; se dejaba llevar del primer ímpetu, y la reflexion venia no antes sino despues de emprendidas las acciones de guerra. El reconocimiento que se habia hecho antes de empezar la batalla, fué ligero, y las disposiciones se tomaron con demasiada precipitacion, sin la calma y el aplomo de un general reflexivo.

La batalla de la Angostura, por falta de esta meditacion, fué un conjunto de acciones parciales, de ataques diversos, sin combinacion los unos con los otros, donde los cuerpos se batian heróicamente; donde los jefes conducian á sus soldados segun las diversas posiciones que tomaba el invasor en consecuencia de las derrotas tambien parciales que éste sufría; pero no hubo, como dice un general mejicano, una direccion metódica, un ataque general regularizado, un plan en que combinados hábil-

mente los esfuerzos de la tropa, segun su clase, produjese, ó pudiese producir la victoria. Y sin embargo de esta falta de combinacion, el triunfo completo estuvo á punto de alcanzarse, y es de creerse que se habria conseguido, á haber mandado avanzar al siguiente dia sobre la última posicion de los norte-americanos.

1847. Las pérdidas sufridas por el ejército mejicano en la batalla de la Angostura ascendieron, segun el estado que tengo á la vista, á quinientos noventa y cinco muertos, mil treinta y nueve heridos, doce contusos y mil ochocientos cincuenta y cuatro dispersos, que hacen un total de tres mil quinientos hombres. Entre los muertos habia cinco jefes y veintiun oficiales: entre los heridos, trece jefes y noventa y dos oficiales. El ejército de Taylor, segun el parte dado por este general, habia tenido doscientos sesenta y siete muertos, cuatrocientos cincuenta y seis heridos y veintitres dispersos, que hacen un total de setecientos cuarenta y seis hombres. «Nuestra pérdida», agrega, «ha sido mayor en la oficialidad, »pues que de ella quedaron en el campo veintinueve. »Tenemos que lamentar la pérdida del capitán Lincool, »ayudante del general Wool, jóven oficial de reconocido »valor que cayó al principio de la accion. Ninguna pérdida »ha sido tan sensible en el ejército, como la de los coroneles Hardin y Mac. Kee, y la del teniente coronel Celay, »los cuales poseian en alto grado la confianza de sus subordinados; y como quiera que los dos últimos tuvieron »la ventaja de recibir una educacion verdaderamente »militar, siempre deposité en ellos la mayor confianza »para cuando llegase el caso de batir al enemigo.»

La diferencia que se nota en las pérdidas de uno y otro ejército, no debe extrañarse, si se tiene en cuenta que las tropas mejicanas fueron las que atacaron las posiciones, mientras las norte-americanas, defendidas por las barrancas, vomitaban de sus fusiles y cañones una lluvia de balas y metralla sobre la caballería y la infantería que solo podia hacer uso de sus armas cuando ya habia llegado á la posicion. En cuanto Taylor se convenció de que Santa-Anna se habia retirado á Agua Nueva, mandó que se recogieran los muertos que habian quedado en las posiciones de que fué desalojada la tropa de los Estados Unidos, y se les dió sepultura. Como Santa-Anna al marchar á Agua Nueva no pudo recoger todos sus heridos, dejó una gran parte abandonados en el campo, que fueron recogidos por Taylor y enviados al Saltillo, donde fueron perfectamente asistidos. Respecto de los prisioneros hechos por uno y otro ejército, Taylor despachó un oficial de plana mayor para proponer un canje, que se efectuó satisfactoriamente. La fuerza que presentaron los norte-americanos en esta batalla no bajó de siete mil hombres, casi toda infantería y artillería. La mejicana, como hemos visto, aunque se componia de catorce mil cuando llegó á la Angostura, tenia cuatro mil de caballería que casi no podia maniobrar en aquellas barrancas, de los cuales dos mil, al mando del general Miñon, no entraron en accion por estar en observacion de la plaza del Saltillo. Teniendo en cuenta esto y lo formidable de las posiciones que ocupaban las tropas de los Estados Unidos, se podrá apreciar debidamente el valor desplegado en aquella batalla por el ejército mejicano. La retirada de las tropas de Santa-

Anna del campo de batalla empezó á la oracion de la noche; «pero el ejército», dice uno de los escritores mejicanos que dieron á luz una obra intitulada *Apuntes para la guerra entre Méjico y los Estados Unidos*, «que no formaba ya mas que una masa informe, caminaba lentamente, embarazándose una brigada con otra, y avanzando con dificultad. Así fué que, aunque el campo de batalla no distaba mas que cuatro leguas de Agua Nueva, no se comenzó á llegar á este punto sino de las diez de la noche en adelante. Aquella hacienda que los norteamericanos habian incendiado al retirarse, ardia aun cuando volvieron nuestras tropas. A un lado del camino habia un estanque fangoso, al que se arrojaron los soldados muertos de sed; pero el agua, en vez de procurar algun alivio, solo sirvió para abrirles la tumba, pues apenas la habian tomado, cuando espiraban en medio de las mas horribles convulsiones. Los pocos heridos que habian logrado arrastrarse hasta allí, y muchos de los que llegaban fatigados, aunque sin lesion, fallecieron de esa manera; y su sangre, mezclada con el fango del estanque, hacia mas insoportable esa bebida. Y sin embargo, no habia otra agua con que saciar la sed devoradora de la tropa, y no faltó quien acercara sus labios á aquel brebaje inmundo, asqueroso y mortal».

Al siguiente dia 24, salieron las tropas mejicanas de Agua Nueva con direccion á San Luis Potosí, sufriendo mayores males aun que los que antes padecieron en la prolongada marcha de aquel desierto. «Con el objeto de disminuir las dificultades y embarazos que se preveian», se dice en los *Apuntes para la historia* antes menciona-

dos, «se dispuso que tomaran la delantera todos los mutilados, los que efectivamente comenzaron á salir desde aquel mismo dia. El 25 los siguieron los que aun quedaban, y la suerte de unos y otros fué por cierto bastante lastimosa. Las camillas en que se llevaban á los de mas gravedad, se habian formado apresuradamente, unas con horcones de palo, otras con fusiles. Los dolientes carecian de colchon, de sábanas y almohadas, contando para su abrigo con solo unas jergas, sin que dejara de haber muchos á quienes faltaba aun esta cobija. Los mas de los heridos iban en treinta carretas, tiradas por bueyes, habiéndose preferido para colocarlos allí á los que daban menos esperanza de curacion... La jornada de Agua Nueva á la Encarnacion, fué de catorce leguas: á lo largo de ella se unió la falta de alimentos sanos, la mas grave aun del agua, de que no habia ni una gota, y la sensacion penosa de un frio horroroso que penetraba hasta la médula de los huesos. No habia esperanza de remediar estos males, hasta que se llegara á Matehuala, punto en que se habian reunido algunos recursos.»

El dia 27 ocuparon los norteamericanos la expresada hacienda de Agua Nueva, encontrando el camino regado de heridos y de enfermos que, por falta de carros y de camillas, iban dejando los mejicanos en su marcha. Al ver el estado lamentable en que iba el ejército mejicano, Taylor tuvo intencion de atacarle. «Pero el mal estado de la caballada», dice el mismo en su parte, «era impedimento para emprender una larga marcha en terrenos donde se carecia de agua.» ¡Y sin embargo, los mejicanos habian andado cien leguas por aquellos caminos sin agua,

para dar una accion sangrienta, y se volvian por el mismo desierto! El general norte-americano Taylor, despues de haber hecho descansar á su tropa, y cuando ya el ejército mejicano habia salido de la hacienda de la Encarnacion, despachó á ella un destacamento á las órdenes del coronel Belknap, que llegó el dia 1.º de Marzo. Allí encontró doscientos heridos mejicanos, en el estado mas lamentable, que Santa-Anna se vió precisado á dejar, y que fueron atendidos con caritativo esmero por los norte-americanos.

1847. Para dar una ligera idea de los terribles padecimientos que debió sufrir el ejército mejicano en su marcha á San Luis, creo que bastará copiar unas cuantas palabras del parte del general Taylor. «Ya el ejército», dice, «habia pasado con direccion á Matehuala sufriendo mucho por el hambre. Los muertos y moribundos cubrian las orillas del camino y llenaban las habitaciones de las haciendas». ¡Qué cuadro tan triste y lastimoso! Pero para completarlo es preciso añadir que á los males indicados, se añadió otro mayor. Al llegar á la hacienda del Salado, despues de hacer jornadas de doce y catorce leguas diarias, se dejó sentir una de esas terribles plagas que son consiguientes á la miseria y la escasez de todo lo necesario en un ejército. Como el soldado no tomaba otro alimento que carne ya pasada, y una especie de dulce llamado piloncillo, y para mitigar la sed agua salitrosa que era la única que se encontraba, se vió acometido casi todo el ejército, con muy pocas excepciones, de una terrible disentería que llevaba un número considerable de víctimas al sepulcro. Para evitar los estragos, se dirigió inmediatamente el ejército á la hacienda de las Animas,



GENERAL NORTE-AMERICANO TAYLOR

para dar una accion saagrienta, y se volvian por el mismo desierto! El general norte-americano Taylor, despues de haber hecho descansar á su tropa, y cuando ya el ejército mejicano habia salido de la hacienda de la Encarnacion, despachó á ella un destacamento á las órdenes del coronel Belknap, que llegó el dia 1.º de Marzo. Allí encontró doscientos heridos mejicanos, en el estado mas lamentable, que Santa-Anna se vió precisado á dejar, y que fueron atendidos con caritativo esmero por los norte-americanos.

1847. Para dar una ligera idea de los terribles padecimientos que debió sufrir el ejército mejicano en su marcha á San Luis, creo que bastará con algunas cuantas palabras del parte del general Taylor. «Ya el ejército», dice, «habia pasado con direccion á Matamoros sufriendo mucho por el hambre. Los muertos y atribuidos cubrian las orillas del camino y llenaban las habitaciones de las haciendas». Qué cuadro tan triste y lastimoso! Pero para completarlo es preciso añadir que á los males indicados, se añadió otro mayor. Al llegar á la hacienda del Salado, despues de hacer jornadas de doce y catorce leguas diarias, se dejó sentir una de esas terribles plagas que son consiguientes á la miseria y la escasez de todo lo necesario en un ejército. Como el soldado no tomaba otro alimento que carne ya pasada, y una especie de dulce llamado pitoncillo, y para mitigar la sed agua salitrosa que era la unica que se encontraba, se vió acometido casi todo el ejército, con muy pocas excepciones, de una terrible disenteria que llevaba un número considerable de víctimas al sepulcro. Para evitar los estragos, se dirigió inmediatamente el ejército á la hacienda de las Animas,



GENERAL NORTE-AMERICANO TAYLOR

distante ocho leguas, donde encontraron siquiera arroz, tan indispensable para los enfermos. De las Animas se hizo la jornada al Cedral, que está á doce leguas, y de allí á Matehuala. En este punto fué reducido á prision y puesto incomunicado el general Miñon, para que respondiese de los cargos que le hacia el general en jefe por no haber atacado al ejército norte-americano por la retaguardia en la batalla de la Angostura; y el dia 9 de Marzo lograron las fatigadas tropas entrar en la ciudad de San Luis Potosí, dónde las recibieron con entusiasmo y cariño. Al ver entrar á aquel ejército que en número de 18,000 hombres habia salido para la Angostura, lleno de ardor y de esperanza, volver estenuado, hambriento, reducido á cinco mil hombres que mas parecian cadáveres que hombres, el corazon de los sanluisenños se conmovió profundamente, y toda la ciudad se esmeró en atender al soldado. Los habitantes de San Luis manifestaron durante toda la guerra con los Estados Unidos, con hechos que les enaltece, su acendrado patriotismo y su cristiana humanidad. Las bajas que desde la Angostura hasta San Luis Potosí sufrió aquella tropa que con tanto valor se habia conducido en el campo de batalla, ascendian, segun el estado que se formó al llegar á la ciudad, á mas de siete mil hombres; bajas debidas en gran parte á la desercion.